

CIFRAS QUE NO PODEMOS IGNORAR



PREVALENCIA DE VIOLENCIA EN MUJERES RURALES

Según el DANE (2022), el 37,3% de las mujeres rurales en Colombia reportaron haber sido víctimas de violencia basada en género, muchas veces en silencio y sin acceso a rutas efectivas de atención. En regiones como el Catatumbo, este dato adquiere mayor gravedad por la persistencia del conflicto armado y la débil presencia institucional. La Comisión de la Verdad (2022) documentó que las mujeres rurales en Norte de Santander han sido blanco sistemático de múltiples formas de violencia, incluyendo el desplazamiento, la violencia sexual y la exclusión estructural, lo que demanda enfoques diferenciales urgentes en el ámbito escolar y comunitario.

BAJA DENUNCIA EN EL SISTEMA ESCOLAR

En 2021, la Defensoría del Pueblo recibió 3.816 quejas por violencia de género en entornos educativos, de las cuales solo el 10% avanzó hacia una ruta de atención institucional. Esto sugiere una preocupante normalización del silencio. En Norte de Santander, según datos recopilados por la Comisión de la Verdad, docentes y estudiantes reportaron temores recurrentes a represalias, desconfianza institucional y desconocimiento de las rutas, lo que evidencia la necesidad de mejorar los mecanismos de prevención y respuesta desde la escuela.

FALTA DE HERRAMIENTAS EN LOS SISTEMAS ESCOLARES

Un estudio del IDEP (2022) mostró que el 62% de los docentes rurales manifestó no sentirse preparado para identificar y abordar situaciones de violencia basada en género. Esto se agrava en territorios como el Catatumbo, donde las escuelas suelen ser el único espacio institucional presente. La Comisión de la Verdad destaca que la formación docente en enfoques diferenciales es clave para que las escuelas no solo reconozcan las violencias, sino que también actúen como agentes protectores en contextos adversos.

AUMENTO DE VIOLENCIA SEXUAL CONTRA MENORES

Según la Fiscalía General de la Nación, en 2023 se reportaron 28.844 casos de violencia sexual en Colombia, siendo las niñas entre 10 y 14 años las principales víctimas. La situación es especialmente crítica en zonas rurales afectadas por el conflicto, como Tibú o El Tarra, donde los factores de riesgo se combinan: control territorial de grupos armados, impunidad y barreras institucionales. Estas cifras exigen activar sistemas escolares de alerta temprana y acompañamiento psicosocial sostenido.

EL CONFLICTO COMO OPORTUNIDAD

En el Catatumbo, hablar de conflicto es hablar de historia viva. No se trata de una palabra abstracta ni de una definición de manual. Es una realidad sentida en cada comunidad desplazada, en cada escuela que ha debido cerrar sus puertas por amenazas, en cada niño o niña que ha visto interrumpido su derecho a aprender por el miedo. Sin embargo, desde la educación para la paz, el conflicto no es, necesariamente, una condena perpetua. Como señalan Correal y Maiques (2015), el conflicto forma parte de la vida social y puede convertirse en una oportunidad para repensar nuestras formas de convivir, si se aborda con diálogo, comprensión y voluntad de transformación.

Entender el conflicto como oportunidad en el Catatumbo implica reconocer la agencia de sus comunidades. A pesar de las múltiples violencias, los pueblos han construido formas de cuidado, resistencia y solidaridad. Las escuelas rurales, muchas veces las únicas instituciones estables en los territorios, tienen un papel clave: pueden ser espacios donde niñas, niños y adolescentes aprendan que el conflicto no se resuelve con silencio o imposición, sino con escucha activa, reconocimiento del otro y construcción colectiva de soluciones. Transformar los conflictos cotidianos —desde el acoso escolar hasta las disputas familiares— es una manera concreta de construir paz.

Además, hablar de oportunidades en el Catatumbo es también hablar del presente. Hoy existen iniciativas comunitarias que han promovido huertas escolares, comités de convivencia, radios comunitarias y círculos de palabra como formas de sanar heridas y reconstruir tejido social. Estas experiencias demuestran que el conflicto no es el final de la historia. Cuando el sistema educativo asume el compromiso de trabajar con pedagogía de la paz, no solo enseña matemáticas o ciencias: enseña a vivir juntos con dignidad y respeto, incluso en medio de las diferencias.



Detrás de cada cifra hay una historia que no debe repetirse. Educar para cuidar es proteger la vida y el futuro de niñas, niños y adolescentes.

PAZ con justicia de género.

Una educación para la paz con justicia de género debe ser crítica, interseccional y profundamente comprometida con la equidad.

Paz con justicia de género no es solo ausencia de violencia, sino transformación de relaciones desiguales normalizadas por el patriarcado. Desde la escuela, implica educar con enfoque crítico e interseccional, que promueva el cuidado, la equidad y la voz de niñas y mujeres.

Esto supone:

- Reconocer las desigualdades históricas que afectan a mujeres y niñas, especialmente en contextos rurales y de conflicto.
- Cuestionar modelos autoritarios de resolución de conflictos y promover el diálogo y la corresponsabilidad.
- Fortalecer la agencia de niñas y jóvenes, garantizando su participación sin estereotipos.
- Desnaturalizar el machismo como forma de poder y revisar prácticas educativas que legitiman la violencia.

OTRAS APUESTAS DE EDUCACIÓN PARA LA PAZ



SEMILLAS DE PAZ

En 2024, la Universidad Autónoma de Bucaramanga (UNAB) llegó a las veredas Caño Indio y Chiquinquirá, en Tibú (Norte de Santander), para fortalecer dos Escuelas Semilleros de Paz, ubicadas en zonas históricamente afectadas por el conflicto armado. Estas instituciones, reconstruidas por firmantes del Acuerdo de Paz como parte de sus compromisos restaurativos, se han convertido en ejemplos vivos de reconciliación territorial a través de la educación.



La paz no empieza ni termina con un acuerdo. Para el Catatumbo debe comenzar en el aula.



Promover el cuidado, la escucha activa y la participación en la escuela ayuda a prevenir violencias y a crear vínculos más equitativos entre estudiantes, docentes y familias.

Desde 2021, el proyecto Semillas de Paz ha sido una iniciativa clave para fortalecer la convivencia en instituciones educativas rurales del Catatumbo. A través de actividades lúdicas, mediación escolar y formación en habilidades socioemocionales, ha promovido entornos protectores que previenen la violencia y fomentan el respeto por la diversidad.

Esta apuesta pedagógica, apoyada por la Universidad Autónoma de Bucaramanga (UNAB) y actores locales, permite que niñas, niños y adolescentes se reconozcan como agentes de cambio. Con estrategias adaptadas a sus contextos, Semillas de Paz enseña que la educación es la respuesta frente al conflicto armado y una semilla para la transformación comunitaria.